

LA MUERTE DE LOS IMBÉCILES*

Leonardo POLO

Parece que en nuestros días se pierde cada vez más el sentido de la muerte. Ya lo advirtió Bernanos: “pesa sobre nosotros la amenaza de morir como imbéciles”.

El tema de la muerte es de importancia capital en la reflexión sobre la paz, porque la muerte es la forma más aguda de la violencia, que es lo opuesto a la paz. De ahí que sea conveniente empezar con una breve consideración sobre la muerte.

La muerte imbecil de la que habla Bernanos es una muerte no humana, o carente de sentido. Cuando el hecho de la muerte se trivializa, como ocurre hoy, se vacía también parte del sentido de la vida. Si la muerte es algo intrascendente y vulgar, entonces ¿qué límites pueden ponerse a lo que la causa, a la violencia?

El sentido de la muerte depende del sentido de la vida, y a la inversa. Muere como un imbecil quien vive como tal. Cuando la vida de la persona se plantea como mera supervivencia, la muerte no trunca ningún proyecto vital. Es como la muerte de un animal. En cambio, si la vida humana es un constante crecimiento, un vivir cada vez más, la muerte tiene otro sentido: se opone violentamente a la realización de ese proyecto de vida.

Sólo en este caso parece lógico y necesario poner límites a la violencia, que lleva a la muerte, puesto que ésta cercena la aspiración natural del hombre a alcanzar su plenitud máxima.

En definitiva, si la muerte queda desprovista de sentido, vaciando así de sentido a la misma vida, entonces no será posible reducir el

ámbito de lo conflictivo. En una palabra, no será posible la paz.

Hasta aquí hemos hablado del sentido de la vida que ilumina el hecho de la muerte, y que hace razonable reducir la violencia al máximo. Parece necesario tratar ahora, no de lo que limita a la violencia, sino de lo que es fundamento sólido para construir la paz.

La definición clásica de paz es “tranquilidad en el orden”, es decir, en el fin (puesto que orden, en griego, es equivalente a fin). Sólo cuando el hombre actúa como persona actúa de manera coherente y es capaz de alcanzar su propio fin. Para construir la paz es necesario que el hombre se comporte como persona, es decir, que no quede reducido a un ser con necesidades finitas, satisfacibles a corto plazo.

Si, al contrario, el hombre se entiende a sí mismo sólo como definido por el necesitar, entonces la vida humana es la constante búsqueda de aquello que satisfaga esa necesidad. Por tanto, la realidad y el fin del hombre quedan reducidos a la mera utilidad. Si el saber del hombre se plantea de esta manera economicista, entonces el “ser” cada vez más queda sustituido por un “tener” cada vez más. El incremento cualitativo queda desplazado por un afán ilimitado de acaparar cuantitativamente. Y en la competencia feroz por tener cada vez más, los conflictos se hacen inevitables.

Esta simplificación de la aspiración infinita del hombre a una acumulación material ilimitada, que procede del planteamiento individualista del capitalismo, hace imposible la paz. Si el fin del hombre fuera económico, entonces la paz sería la tranquilidad en el orden económico. Pero el fin del hombre no

ESTUDIOS

es económico, porque lo útil es siempre un medio para, no un fin.

Únicamente cuando lo útil deja de ser el valor supremo de la vida humana se pueden reducir la conflictividad y la violencia que la búsqueda obsesiva de la utilidad lleva consigo. La raíz de la paz es, por tanto, la persona; se asienta en su esencia más íntima. Aunque la paz absoluta no parece realizable en esta vida, cuanto más se esfuerce el hombre por crecer indefinidamente, más cerca estará de alcanzar su fin, y con él la paz.

* Resumen del trabajo titulado "Raíces antropológicas de la paz", presentado en la Universidad de Navarra como preparación al congreso UNIV' 86. El autor es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Navarra y profesor huésped en la Universidad Panamericana.